

Fiesta de Muertos

“De muertos y tragones están llenos los panteones”

Frase popular mexicana

Para el día de los Fieles Difuntos y sin recordar con precisión a quién de nosotros se le ocurrió tan brillante idea, adoptamos la sana costumbre de convocar a todos los familiares y a no pocos amigos íntimos, a una fiesta de charangas y arremetidas. Desde la mañana hasta la noche se nos va en contarnos cuentos, historietas, recuerdos..., aderezado todo ello con la puesta en escena de desopilantes pantomimas y requiebros. No falta de comer ni de beber variado y para todos los gustos y edades. Como que tiramos la casa por la ventana. De ninguna manera escatimamos en agasajar a nuestros estómagos con exquisitas comidas y manjares succulentos. Estamos todos tan seguros de nuestro efímero paso por este mundo, que ese día nos dedicamos, sin resquebrajar ni un ápice nuestro inquebrantable Código Ético, a satisfacer nuestra gula y nuestras almas.

La condición imprescindible para participar en tan majestuoso festín, es que cada uno de los participantes venga en compañía de tres de sus muertos más queridos. Demás está decir que seguimos la tradición cristiana del Gólgota, de ahí que la elección de ese número no es arbitraria.

El objetivo de la fiesta es asegurar la supervivencia de los muertos, y una vez compartido el momento del anual encuentro, habiendo intercambiado opiniones y pareceres, de hacernos preguntas en todos los niveles de trascendencia, cada uno de ellos retorna tranquilamente al lugar de donde vino. Porque no hay que descuidar que los muertos, por más queridos que hayan sido mientras estaban vivos, con el correr de los años pasan a ser reales intrusos entre nosotros y con las horas que van pasando, comienzan a desprender un aroma nada grato para las pituitarias.

Volviendo al tema de nuestra fiesta, he de decir que en contra de la voluntad de la mayoría hemos tenido que restringir el número de invitados ya que la casa no es grande. El primer año de la celebración tuvimos el contratiempo de que no pocos invitados se hicieron acompañar por un mismo difunto y como los pobres infelices ya no tienen poder de decisión se dejaron traer sin más. Así fue como en aquella ocasión

nos encontramos con tres papás, cuatro mamás, dos tíos Albertos y cinco *Anitas*, la exuberante verdulera del barrio que murió muy joven dejando un tendal de pretendientes desconsolados. Por lo menos cinco.

Para la siguiente fiesta ya no volvimos a cometer el mismo error y con semanas de antelación impusimos una norma ineludible en cuanto a que cada invitado nos remitiera lo antes posible el listado con los muertos que pensaba traer. Una suerte de lista de bodas pero al revés (no pierda su tiempo el lector en pensar esto último, tampoco es eso), pero sí que le llamamos “Listado de Difuntos”. Así las cosas decidimos descartar a los que se repetían dando prioridad de invitación a los invitadores de más edad, ya que con el buen criterio que siempre nos ha caracterizado, presuponemos que los más jóvenes tienen por delante más cantidad de oportunidades que nosotros para disfrutar de futuros agasajos invitando a quienes deseen. A partir de ese año fue todo estupendo y las cosas, tal como lo habíamos pensado, marcharon sobre ruedas.

Los muertos nos cuentan que desde que se murieron no se enteraron de nada de lo que siguió sucediendo en la tierra. No se aburren allá donde están, pero es como si vivieran en otro mundo. Supongamos que hay vida en otro planeta, pues nosotros no sabemos nada de esos alienígenas. Los muertos no saben nada de los vivos y nosotros tampoco de ellos, presumo creer. Esa es una de las razones más valederas por la que organizamos la celebración cada año para el primer fin de semana de noviembre. Nosotros les preguntamos cómo se la pasan y ellos se informan cómo seguimos viviendo en el mundo mientras estamos acá.

Papá, después de treinta años de muerto, vino a confirmar un año más, que mamá todavía sigue viva llegando casi a los cien. Le dio una alegría enorme como era de esperar, además dijo en público que conservaba intacta la belleza de su juventud. También pudo conocer a sus nietos y a sus bisnietos. Hay veces que yo mismo me quiero morir cuanto antes para saber si mis hijos han llegado a viejos o no, entre otras cosas, claro. Pero luego me doy cuenta de lo absurdo del razonamiento, ya que por más que antes me muera, de todas formas deberé esperar unos cuantos años para saber si ellos llegan a mayores.

A los finados les preguntamos si no se encuentran con los muertos queridos y nos responden que no necesariamente: “El otro mundo, por llamarlo de alguna

manera, es muy grande y hay muchísima gente. Piensen que están todos los muertos desde el primer hombre que habitó el planeta, que por cierto se trata de Adán”.

Al acabar la jornada cada mochuelo a su olivo, cada muerto a su tumba y todos tan contentos. Nos despedimos cordialmente hasta el año próximo con las lágrimas y adioses de rigor. En absoluto somos hipócritas...nuestro dolor es sincero aunque haya quien lo exprese con demasiado histrionismo. Sufrimos en nuestras carnes el simple hecho de reconocer que en el mundo de las comunicaciones inmediatas, gratuitas e ilimitadas, durante doce meses no tendremos noticias ni de unos ni de otros.

Antes de desaparecer ante mi vista uno de ellos, un individuo que sabe de primera mano lo que se trama del otro lado, me ha dicho que ha oído por allí, por algún rincón del Cielo (parece ser que de boca del propio Santísimo), que el próximo año me tocará ir a mí, ¡nada menos que a mí!, a la Fiesta de Muertos como invitado.